

**Dolidos
de amor,**
óleo, de
Gerardo
Chaves.

TOPICOS DEL HUMANISMO

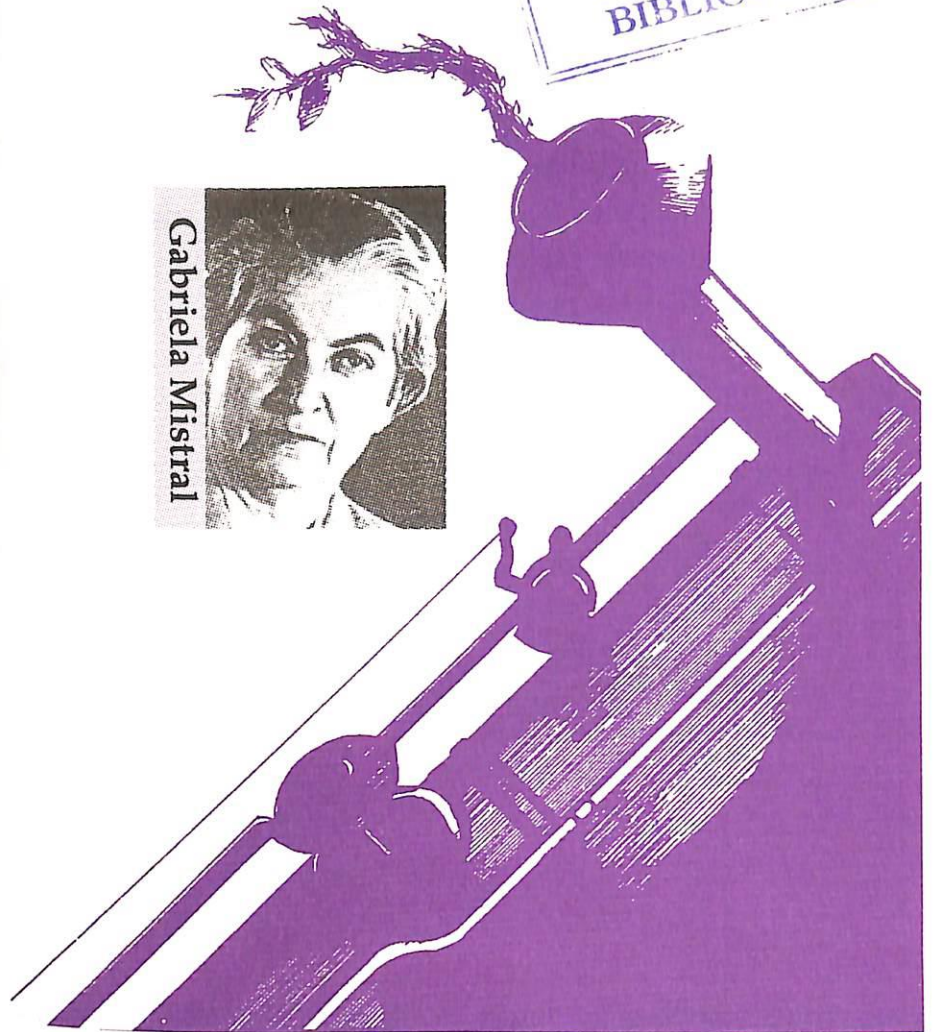
Noviembre de 1999

Nº 52

CENTRO ESTUDIOS GENERALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
BIBLIOTECA



Gabriela Mistral



DEL PUERIL ESCRIBA

Walter Hernández Madriz*

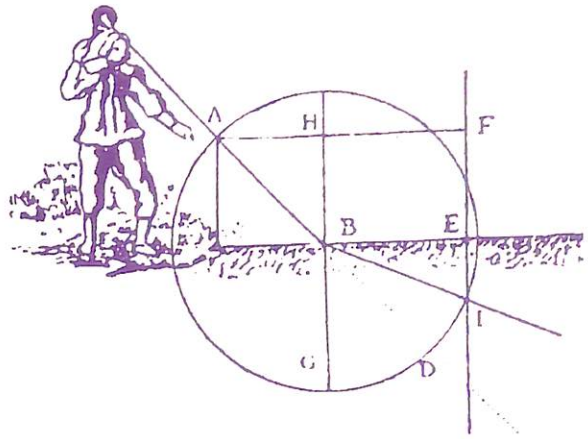
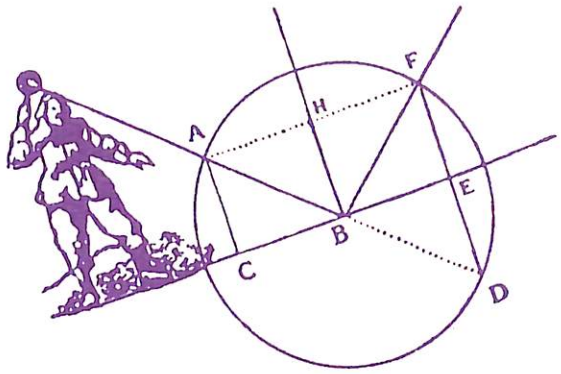
Obrincar; no importa si nadar, con los intrépidos muchachos, en una de aquellas tardes lumínicas en la fría poza Amelia; podría ser la bajada riesgosa de mangos del palo en la finca de Mr. Fuller que lograba con increíble astucia el Matarrita; talvés acerca de algo tremendamente maravilloso que nos hubiera sucedido en el transcurso de los primeros gloriosos años de la fértil niñez; algún susto o suceso digno, en el pueblo de aquellos días una aventura fuera de lo común; así era como la niña María, en la Primaria, quería que contáramos algo; emocionada, nos sentía escribiendo; pero, ella, que debió de haber muerto ha muchos años en su casa de maderas que daba al frente de las líneas del tren, no solo lo hacía finalmente corrigiendo ortográficamente nuestros textos malos, quería que, en un futuro cualquiera, alguno de todos los que enfrentábamos la pizarra verde y derruida, fundara con su imaginación un cuento verdadero.

De cualquier manera, desde aquel año 1963, cuando John Kennedy anduvo por San José y el volcán nos invadió igualmente de ceniza, la señora no tuvo suerte realmente sino unos treinta y cinco años después. Aquellos trabajos de infancia nos habían servido para reír. Todos nos habíamos conocido mutuamente a través de los balbuceos literarios nuestras cuitas alegres o contables, fueran aventuras o miedos o mentirillas ganadoras. Que el padre del barrio le había hecho insinuaciones indecorosas a Horacio, de lo que, por supuesto, se regó pronto la bola, Juancillo orinado en los pantalones frente a Raquel ese día contado en el que una culebrilla se le enredó entre los zapatos de suela de lanta, Julio guindando del dedo del corazón desde un alambre de púas después de correr huyendo del dueño de los nisperos, el tal paseo inolvidable de Rubén a playa Quesera donde todavía, para aquellos días, no estaba sino francamente pura con su arena blanca y sus aguas transparentes henchidas de peces de colores, y de los gupis y "aluminas" que cogía Eduardo en tarrillos y frascos en lo que hoy es un río entubado precisamente por eso de pasar carreteras sin velar por el paisaje, por total y grávida ignorancia, o Albertazzi, el viejo, peleando de tú a tú con el perro furioso del vecino agarrado a su cadena, de los circos con todo y arena y aserrín y titiriteros que los Hernández hacían en el lote baldío de a la par, y más que podríamos repetir sacados de los infantiles cuadernos amarillos de Vida, que así les llamaban, pero que habremos de parar aquí para no hacer muy extenso el relato e ir más o menos al grano. La verdad, de todos aquellos estudiantillos ninguno nunca sirvió para escribir cuentos, lo que pudieron aprender de ese arte raro que es escribir lo utilizaron, cada uno en su futuro, para enviarle cartitas a sus novias, para las misivas que esporádicamente se fueron para el extranjero si tuvieron esa posibilidad, para las esquelas de sus parientes o notas de cumpleaños, y para comunicarse en los negocios en que se desplazaron particularmente atrapados. Todo fue exactamente así. Sin embargo, sí, hubo un tipo que resultó, nadie sabe porqué, poeta. Se llamó Lucio Oscuro y se decía de él que, en sus mocedades y juventudes, su suerte fue sorprendente para apresar las chicas que le gustaron, ninguna resistiéndose a su encantamiento aun cuando, de vez en vez, manejara idénticos poemas con destinatarias distintas, siempre dándole al clavo, por supuesto no siendo ése el fin malévolo de su creatividad, decía, pero que, si las cosas así salían, eran parabienes y no paramales. Verídico es que vivía en uno de los barrios viejos de la capital, en el barrio La Cruz, y su familia, debido al esfuerzo tenaz de su padre campesino, venido a bien aquí, gozaba de una razonable fortuna que incluso les había permitido, a algunos de sus miembros, viajar a Europa y a otros lugares. Lo que pasó fue que, como el mundo siempre seguirá siendo un

sitio insospechado, cuando ya él llegara a una edad madura, perdieron, por malos manejos de las empresas que poseían, la estabilidad y Lucio, no sabiendo qué hacer con su vida, y después de leer acerca de un tal certamen de poesía, se puso a ordenar todos aquellos poemas que alguna vez cantó, tratando de encontrarles una unidad que no conseguía debido a la distancia de ánimo, creación y tiempo que se blandía de entre ellos, y lo más desestimulante, por conclusión impulsiva, fue el día en que, ya habiendo casi terminado su obra después de tres larguísimos meses de invierno, percatarse de otro concurso, pero que éste para narradores, especialmente cuento, que descubriendo los requisitos del mismo, solamente cinco páginas, cómo, si su poesía llevaba la bicoca de ochenta y cinco para un premio de tres mil dólares, entretanto aquellas escuálidas cinco con uno abultado de diez mil, qué será, claro, mientras ponía por una de sus esquinas el periódico sobre la mesa servida, era evidente, la poesía no se lee ni se vende. Para el momento en que se alumbró —él deslumbrado— su cráneo, diciéndose las cosas más secretas así mismo, no hizo otra cosa que levantarse, enrumbarse al escritorio e intentar lo que nunca lo habría conmovido, la narrativa, naturalmente que la necesidad posee cara de equino y en tratándose de sobrevivencia, nunca podría ser ilícito a su sensibilidad canjear, temporalmente, su desvelo poético por un salto prosaico, de manera que así convencido empezó por palabrear, eso sí, precisamente lo primero que se le viniera a la cabeza con una especie de certidumbre de que, si hubo dominado un género tan sublime como el que le pertenecía, porqué no obtener mieles de éxito en éste, podía, y no importaba mucho si iniciara con esta clase quizás de surrealismo o rápidos, con la esperanza de concreto, ineludible, de ir diciendo y ya llegarían los resultados. Tampoco crea uno de ustedes que estaba pensando en lo que alguien por allí afirma que es jugársela, no, él tenía oficio, había escrito por muchos años, de modo que no está jugando al más vivo, nacía una oportunidad merecida aun si fuera por la oscura circunstancia y, también, claro está, porque si así las cosas, tenía que hacerse justicia, la justicia de demostrar, sobre todo para sí mismo, que un poeta puede ganar como un novelista lo hace, salvando aquella discriminación realmente sin fundamento que no denotaba nada más que estulticia de parte de esos jurados que se forman por la mano de quién, solo porque el mercado ajusta ese indicador, el parámetro, que en definitiva el arte, como cualquier galleta de marca, debe obedecer a un *rating* de mercadotecnia, de ventas, porque el editor etcétera, porque la gente, sin siquiera detenerse a apreciar la obra o lo que estuviera ahí plasmado con tanta pena y trabajo, que también era cierto que muchos concursos eran dados a artistas que se antojaban más bien diletantes, y muchos premiados poemarios que había cuasileído no significaban ningún aporte, pudieron nunca haberse gestado ni nacido, menos publicarse, celebrados con panecillos, bombos, vino y platillos en esas salas que frecuentan tales gentes que creen que solo ellos son los conocedores de la materia. En esas cavilaciones inevitables para una mente como la suya, su rebeldía de siempre, llevaba la mitad de una página rasgoneada en todos sus extremos cuando oyó, la comida se enfría, y bien, mejor era yantar, y continuar luego con la barriga satisfecha de arroz y frijoles con huevo pateado, la cual, a pesar del dolorcillo que le penetró muy cerca del hígado después de terminar tan rápido, no impidió, de ninguna manera, expresar lo que ya iba diciendo, sorprendido al rato de las más de tres planas completas y un montón de ganas y pensamientos e ideas e imágenes que volaban como mariposas encerradas en la jupa, saliendo veloces chocando contra las hojas que frente a sí rayaba con el bic negro a tal punto que completaba, veinte minutos más tarde, las cinco que exigían los requisitos, trayendo entonces la maquinilla de escribir y con celeridad y cuidados transportarlas como joyas en limpio, deteniéndose y corrigiendo como él sabía hacerlo, aumentando o quitando según le sonara el caracol de la inventiva, según se apretara el argumento o se dilatará innecesariamente, machete en mano lim-

piando el zacatal de la escritura, avanzando, construyendo con tantas ganas y fantasías que el vuelco del corazón le juró que triunfaría a qué precio, era intrascendente, lo relevante estaba en el tapete, en el papel que aguantaba todo lo que le ponía, como un ojo vivo que soporta todas las imágenes del mundo en rededor sin apagarse ni escabullirse esa mirada, era impresionante, mejor más que emocionante por fin veía cómo crecía uno que, ni durmiendo, hubiera podido consumir, aunque, por supuesto, faltaba bastante, es más, lo fundamental faltaba y ya la cabeza le escondía sus luces retándolo inmisericordemente, tenía que seguir y para conseguirlo era impropio no hacerlo con calidad, nada más fácil que narrar como, se imaginaba, todo mundo narra, no, tengo que fulminar esto con un toque propio y contundente, que vibre, que revuelque el alma del que tal vez me lea, esa es la esperanza, que sin lector no hay nada, tengo que agarrarlo y que no me sulte, no aflojaré los mecate que lo atan a lo que le cuento, atención, enhebrar letra por letra su desconcentrada atención, que el mundo que nos rodea es buenísimo en eso de desorientarlo a uno, de embaucarlo y venderte ideas tan estúpidas como lucrativas. Y hasta cosas como estas pasadas escribía, todo por hechizo calzaba o de ese modo lo creía, tal era la fuerza y el vigor con que enfrentaba la batalla, no alojaba su alma más remordimientos, los rencores aliados a los dolores se sumergían como peces que coleaban entre las formas gramaticales, aleteando la sintaxis, esas concordancias y las figuras, metáforas y personajes de pronto se eclipsaron como un universo en el que el sistema le era propio, inaudito, auténtico o extraño, fluido como una agua primigenia que caía desde un alto risco desconocido, una catarata multiforme que elucubraba mojados telones de fantasías inéditas, de escarpados cielos cayendo con mensajes jamás escuchados, así que las yemas de los dedos y ellos mismos fueron tomando un tinte rojizo, con ese dolor intenso de no haberse detenido y de no poder hacerlo, menos quererlo, que el crecimiento de aquel papiro era tanto que, al encenderse los fósforos de aquel nuevo firmamento, aquel día mágico, juzgaba treinta o treinta y una páginas, conste que apenas si comenzaba, su idea no tenía fin para entonces, el remolino se alzaba como un embudo que jalaba, sacaba, cribaba todo tipo de materiales propicios para seguir viviendo, él, el relato, sus relaciones cada vez más complejas, quizás alambicadas pero que su gozo se tornaba realmente generoso y rico, girando en la delicia indecible de un no suceder luego, de una impronta, de abalanzarse a tocar algo que dentro de poco rato dejaría de ser un secreto inescrutable, una vivencia maravillosa cuya velocidad, de tanta, se aproximaba al cero, a la nada o el vacío, qué más da, lo único necesario era proseguir, no simulando en lo absoluto, un pedazo entero de su vida en centripeto desde donde veía desprenderse hojas caídas llenas que harían un libro inconmensurable sin parangón en sus días, que éstos, desde el inicio de semejante travesía, ya eran en número de tres y ya ni comía ni atendía al llamado obstinado de la hermana que solo sospechaba qué estará haciendo ahora ese loco, desquiciado, con las ropas empapadas en los sudores de la creación, soltando un grito que no se cansaba de llamar, de inquirir, de pronosticar, de profetizar, enjuiciando todo lo que por delante se aparecía como un fantasma siendo, no importa, la realidad más tangible, fuera lo que fuera, tenía cabida, pies y cabeza, sentido, sentidos, de forma que Lucio intempestivamente no supo ya si era él quien estaba frente a aquella máquina enajenada, sometida a la más grande embestida de las épocas, o si la máquina lo apresaba a él con su tecleo y los moldecillos de letras sobre la superficie de papel caliente, hasta que, inequívocamente, con las muestras de lo exhausto sobre su rostro curtido, sin agotarse, navegando en la noche repleta de voces y conciertos de ángeles y demonios de toda alcurnia, y jóvenes, niños y viejos, con damas y señoras de jerarquías impensables, amén de cientos de animales de íntimas cofradías, no supo, lo decimos no porque lo vimos sino porque nos lo contaron de buena fuente, ya no supo si soñaba cojo en algún cuento de Borges o si estaba muerto similar a Pedro en Comala, o si en ese tránsito desmesurado alguna especie de muerte le había hecho la visitación, cayendo de bruces pero arañando en el aire la certeza sin objeción de que, al fin, alguien resolutivo y triunfante había cumplido tan pequeño deseo, el deseo seguramente insípido y añejo pero ahorita exquisitamente brillante, de la, alguna vez, frágil niña María.

* Walter Hernández Madriz, (1952) nacido en San José, presenta aquí su primer cuento. Ha concluido dos libros de poesía y un diálogo poético como una exégesis clásica, inéditos. Filólogo por la UCR, amante de la música y la buena tertulia, la física teórica y la filosofía antropológica.



LOS SONETOS DE LA MUERTE

Gabriela Mistral

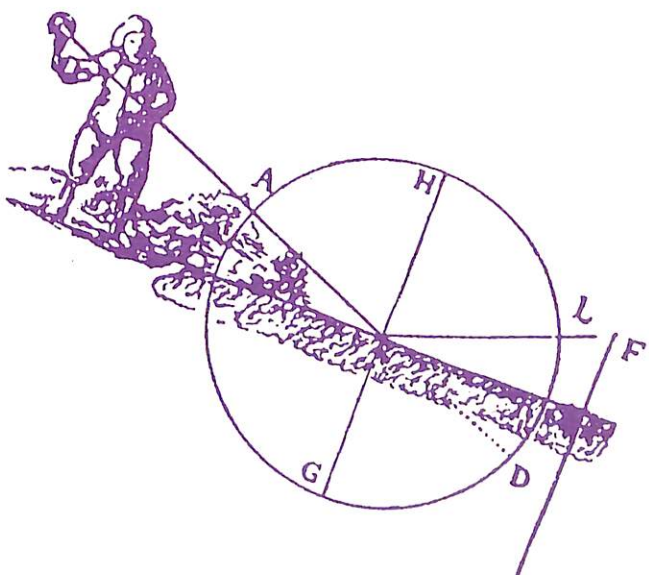
I

Del nicho helado en que los hombres te pusieran,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño adolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!



II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que nuestra alianza signos de astros había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

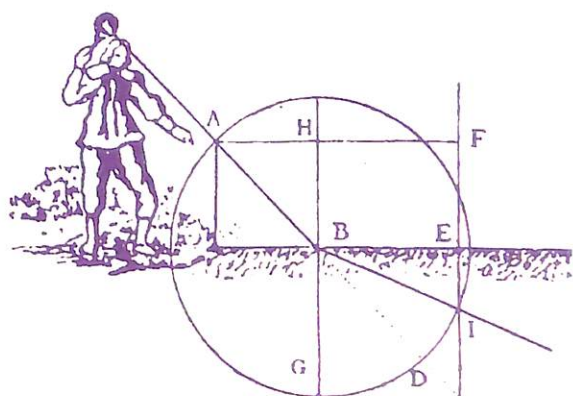
Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

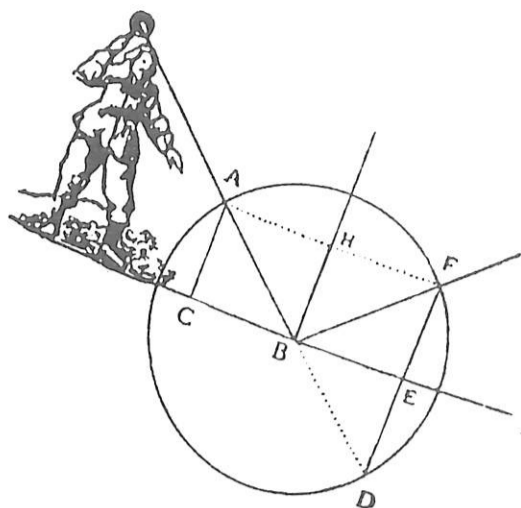
Y yo dije al señor: —“Por las sendas mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!

Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor”.

Se detuvo la barca rosa de su vivir..
¿Qué no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Señor!





INTERROGACIONES

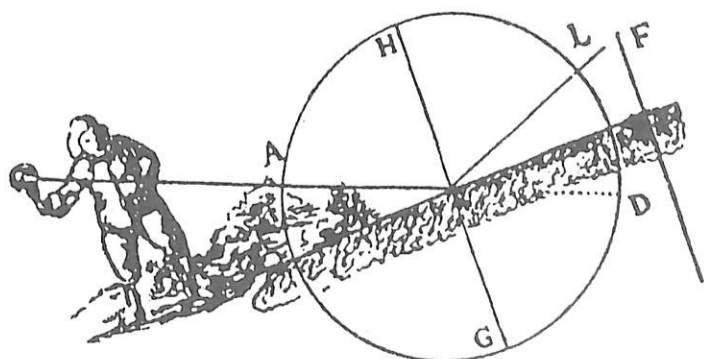
¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?
 ¿Un cuajo entre la boca, las dos sienas vaciadas,
 las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
 hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O tú llegas después que los hombres se han ido,
 y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
 acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
 y entrecruzas las manos sobre el pecho callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
 ¿no le pinta a sus rosas unas formas de heridas?
 ¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
 y las frondas menguadas de serpientes tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
 por la mojada puerta de las largas heridas,
 ¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en calma
 o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno suyo?
 ¿El éter es un campo de monstruos florecido?
 ¿En el pavor no aciertan ni con el nombre tuyo?
 ¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?



Gabriela Mistral

Gabriela Mistral, seudónimo de la poetisa chilena Lucila Godoy (1889-1957), Premio Nobel de literatura, 1945. Sus poemas giran en torno al tema del amor. Estos **Sonetos de la muerte** le hicieron a Pablo Neruda (1904-1973) asombrarse porque le parecían los sonetos más perfectos escritos en lengua castellana, después de los de Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645). En razón de estas explicativas palabras la interpretación se debe a su enamoramiento no correspondido y al suicidio de su amado inesperadamente, que la sumen en una larga crisis. "Después del fracaso amoroso se siente débil, pero tranquila y su lucha por arrancar de su persona el ansia de propiedad se resuelve dramáticamente en un sentimiento de vacío y de carencia radical 'Soy una mujer —reconoce en 1921, cerca de sus treinta y dos años— en que el sentimiento de la posesión, así de los objetos como de las vidas, no existe. Es una de las cosas que me ha dado esta desolación espiritual. Nunca, nunca sentir mío nada, ni siquiera una planta...' ...Viviendo estas tensiones, Gabriela no puede acceder a la serenidad a la que aspira porque el acercamiento a la tranquilidad no depende de su decisión. Sufre, entonces, pero el sufrimiento es sinónimo de vida... Vive períodos difíciles en los que se unen el intenso dolor y la inmensa dicha: dolida por sentirse injustamente limitada, dichosa por creer, por tener fe..." (Soledad Bianchi; *Descubriendo la prosa de Gabriela Mistral*.- Rev. *Araucaria de Chile*, N° 6, 1979). Nota de G. C. H.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
editor

Dra. Zaida Fonseca Herrera
M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina
Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños

ARTES FINALES:

Víctor Hugo Navarro



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

PRESENTACION

La búsqueda en literatura del lenguaje y sus viscisitudes despliegan repercusiones de estilo, de sonidos, de armonía conjunta.

Es lo que constituye para los escritores y poetas una misteriosa manera de abrir los mundos y cerrarlos inusitadamente. Encontramos las fuentes de la creación y se descubren para el mundo que sus obras reflejan hondo recelo de acomodamiento, de fisuras y exploración en los ámbitos mismos del creador y sus fortunas; los hallazgos de esa creación se pueden observar en la manera de hallar el manantial originario de donde surgen los elementos indispensables, históricos, autobiográficos, lúdicos, imaginarios, paradigmáticos, secretos; la invención de caracteres, de personajes inolvidables, reafirman que la realidad es como un cuento que se recrea a sí mismo; al fin, la toponimia de la expresión literaria se da al lector en la idea de algo que siempre se escapa en el taller del lenguaje y es la manera que el escritor escribe sobre lo que conoce y forma parte de lo cotidiano y maravilloso. De esta manera leemos un cuento al explorar que el lenguaje expresa simpatía o empatía con el mundo conocido y, a la vez, algo nuevo se renueva con nosotros.

Cabe destacar también que la poesía es la otra experiencia, al presentar a Gabriela Mistral en su suma creación, en su evocación de la obsesión de existir frente a la paradoja de las soluciones finales y también en el misterio de sus versos perfectos.

Gerardo César Hurtado Ortiz
Editor